



## CARLOS PEREYRA Y SU CIUDAD NATAL

UN GRAN DEFENSOR DE ESPAÑA

**D**E todos los mexicanos que radican actualmente en tierra extranjera, es Carlos Pereyra, sin duda alguna, el más ilustre de todos. Publicista insigne, historiador profundo, crítico formidable, pertenece a aquella brillante camada de literatos y poetas coahuilenses, cuyos nombres resonaron en todas partes.

Figuró en Saltillo al lado de esos jóvenes que conocí siendo yo aún muy niño, en mi apacible y querida ciudad natal. Habían terminado sus estudios en el Ateneo “Fuente” y vinieron después a Mé-

xico a continuar su carrera en las escuelas de Derecho y Medicina. Pronto se distinguieron en las aulas. Tanto Carlos Pereyra, como Alfredo E. Rodríguez, Alfredo Ramos, Melchor C. Cadena, José García Rodríguez, Manuel Garza Aldape, Ignacio Alcocer y Antero Pérez de Yarto, supieron conquistar con su propio esfuerzo cargos importantes en la administración y en el mundo de las letras. Desde el año de 1913 abandonó la patria Carlos Pereyra. Su nombre no era tan conocido entre la intelectualidad como los de Urbina y José Juan Tablada. Sin embargo, con su energía, con su inteligencia, con su carácter, se ha abierto paso en España, donde ocupa un lugar de honor, y hoy es el más renombrado de los escritores mexicanos que viven en el extranjero. Sin cargo oficial de ninguna clase, ha sabido no sólo luchar por la vida para conservar su independencia, su dignidad y su decoro, sino también para obtener una posición brillante desde la cual le da prestigio a su patria.

Ironista fino, sutil, delicado. Ha perfeccionado su estilo. Hoy es pulcro y correctísimo. Al escribir de asuntos profundos y eruditos, despierta el interés, y los hace

## SENDERS

amenos y agradables para que se lean con verdadero deleite. Así pasa con "Las Rutas Oceánicas" y "Las Huellas de los Conquistadores," cuyas páginas se devorarán con todo placer. Muchas veces sarcástico, otras profundo y serio, siempre inteligente y oportuno. A nadie injuria, a nadie ultraja; pero el desgraciado que cae bajo el dominio severo de su crítica, lo desuella, lo tritura, lo despedaza con la aplastadora tremenda de su razonamiento preciso, lógico y claro. Con la discutida cuestión histórica de si Miguel López traicionó o no traicionó a Maximiliano en Querétaro, no deja lugar a dudas. Agotó la materia. Liberal de abolengo. Sus ascendientes por la parte paterna y materna se distinguieron en la lucha contra los invasores franceses. Sin embargo, trata el asunto de la traición de Querétaro con absoluta serenidad. La pasión no lo ciega. En las luchas por la libertad de su patria, en las luchas por la independencia de su Estado natal, sus ascendientes dejaron hondas huellas. En la Loma de la Cruz, situada en la parte sur del Saltillo, en donde aquellas tardes luminosas del 3 de mayo se celebra la clásica verbena, allí se levantan todavía las ruinas del fortín de-

fendido con bizarría por los parientes del insigne escritor coahuilense. Cuando joven, él recorrió los sitios pintorescos de San Lorenzo, y las huertas floridas, olorosas a tomillo, situadas cabe la ladera del Cerro del Pueblo, sombreadas por árboles frondosos, cubiertos de pintados duraznos, de aromáticos perones y de jugosos membrillos. Todos esos lugares le deben haber recordado el esfuerzo heroico de sus antepasados por el triunfo de una causa grande. Las fervorosas oraciones de su santa madre ante el Señor de la Capilla, las recogió el corazón de aquel joven como un juramento para no defraudar las legítimas esperanzas que había hecho concebir.

Aquella parvada rumorosa de niños gárrulos y alegres, Carlos Pereyra, José García Letona, Alfredo E. Rodríguez, Manuel Garza Aldape, José García Rodríguez, Melchor C. Cadena, Ignacio Alcocer y Antero Pérez de Yarto, había aprendido las primeras letras en la escuela de las rígidas y severas profesoras Refugio y Matilde de León, tan conocidas y queridas en el Saltillo, chapadas a la época colonial, cubiertos siempre sus hombros con unos mantos abigarrados, prendidos en el pecho con unos camafeos antiguos, y sus

## SENDEROS

fieles perros, "El Cloromiro," "La Camelia" y "La Corina," echados a los pies en una estera vieja y gastada. Más tarde, en la escuela oficial de don Miguel López, situada en la Calle del Mezquite, continuaron sus estudios para entrar después al Ateneo "Fuente," tan prestigiado en toda la República, para venir una vez terminada su carrera preparatoria, a esta capital. Pero en el Saltillo habían dejado esos jóvenes recuerdos imperecederos: sus epigramas, sus primeras líneas, sus versos dedicados a las bellas muchachas que vivían por la Calle Real arriba, antes de llegar al Colegio de San Juan, despertaban hondo interés y todos los labios los repetían sin cesar. En la Alameda umbrosa, en la Plaza de San Francisco, tan llenas para todos de ilusiones, recuerdo vagamente haberlos visto reunidos en alegre grupo, charlando con la misma algarabía con que las inquietas y graciosas urracas desde las altas copas de los árboles lanzaban al aire sus notas destempladas. Sólo moderaban sus ímpetus juveniles cuando solían pasar cerca de ellos don Manuel Lobo, don Blas Rodríguez, el doctor Dionisio García Fuentes, el licenciado Francisco de Paula Ramos, don José Ma-

ría Múzquiz o don Jesús de Valle. Recuerdo haber visto al licenciado Gabriel Valerio, al doctor Bibb, a don Juan Dávila, al vate Jacobo Aguirre, a don Julio Martínez y a don Valeriano Ancira, personajes dignos de figurar en las novelas de Galdós, atisbar el paso de esos jóvenes bulliciosos y alegres. "La Güera Chongona" los perseguía por todas partes cobrándoles las deudas que tenían pendientes con ella por las cenas sabrosas, compuestas de platillos regionales, que les sirvió en su fonda, limpia como un reluciente espejo de plata. Se entretenían en lanzarle cuchufletas a doña Juana Gallo, tapada con un vistoso sarape del Saltillo; en mofarse de Tirso el cargador, que permanecía siempre estacionado en un ángulo de la Plaza de Armas, por el lado de los Portales; en celebrar las fantásticas ocurrencias del notable Primo Palomas, que le profetizó al opulento y patriarcal don Evaristo Madero, que al morir, su familia quedaría en la miseria; y en reírse de las frases pletóricas de ingenio y gracia del coronel Teófilo Martínez, que tenía su cara llena de "tajarrazos," propinados por los zuaivos franceses en la épica jornada del 5 de mayo.

Tierra de hombres ilustres y de mujeres hermosas. ¿Quién no admiró la hermosura fascinadora, extraña y singular de Herminia Peña y de Delfina Garza Villareal? Todavía hoy se recuerda con encomio y admiración a Mercedes Sánchez Navarro, a María Zermeño, a Cuca Lobo, a María de la Fuente—María del Cielo—y a Manuela Valdez, conocida con el sugestivo nombre de “La Gloria Escondida,” porque vivía alejada del mundo para ocultar sus encantos y sus atractivos como las hembras morunas. Mi madre adorada me contó muchas veces que conoció a dos mujeres hermanas, bellísimas, pero de una diferente y peregrina belleza. El ingenio popular las bautizó con los nombres delicados de “La Perla” y “La Cuenta,” para hacer notar que era más bella, pero muchísimo más, la una que la otra. Acudían forasteros de todas partes al Saltillo para contemplar y admirar la extraordinaria belleza de “La Perla,” con la misma unciosa beatitud con que se admira y contempla un cuadro de Leonardo o de Rafael. En esa tierra han existido mujeres que no sólo se han distinguido por su hermosura, sino también por su carácter, por sus virtudes, por su entereza. Ha

habido mujeres que son verdaderos tipos, que sólo se ven desfilar en los dramas o en las novelas. Turguenev o Chejov habrían inmortalizado, en obras admirables, a las señoras Fernanda Carrillo de García, a Vita Camporredondo de Carrillo, a Eugenia García de Berlanga, a Refugio Cuéllar de Santa Cruz, a Anita Sánchez de Aguirre, a María de Jesús Sánchez de Cuéllar, a Elena Rodríguez de Molina y a la señorita Francisca Arredondo, que pasaban la mayor parte del tiempo jugando al tute o al tresillo, entre leves y ondulantes nubes de humo de los cigarrillos de hoja que fumaban, y confortadas de vez en cuando, con deliciosas copitas de vino "cuco," elaborado con mezcal fino, yerbas de olor y patas y pechugas de gallina por la familia Morales, que vivía en la empinada Calle del Landín. Tierra querida, donde nuestras madres amorosas nos llevaban a la iglesia todas las mañanas, cogidos de la mano, cuando el sol principiaba a encender las cumbres de las montañas y a teñir de oro y nácar el cielo infinito, a murmurar nuestras primeras oraciones entre las blancas y embriagadoras nubes del incienso. Tierra gloriosa de Miguel Ramos Arizpe, de Juan Antonio de

## SENDEROS

la Fuente y de Manuel Acuña, llena de hazañas inmortales y de recuerdos eternos. Son inolvidables para nosotros aquellas noches del crudísimo invierno, en que entumecidos de frío, nos rodeábamos de un brasero a escuchar, con indecible encanto, los cuentos y las historias brillantísimas inventadas por la prodigiosa imaginación de mis tíos, los Robles, conocidos en todo Coahuila por su valentía, por sus novelescas conversaciones, por su nobleza, porque sabían ser amigos de los amigos, de acuerdo con el verso castizo de Jorge Manrique.

La tierra donde nacimos no se olvida nunca. Siempre volvemos hacia ella, con una profunda melancolía, los ojos humedecidos por las lágrimas. Así podríamos estar en el sitio más hermoso del mundo, siempre recordaremos las fiestas deslumbradoras del 6 de agosto, en que se celebra el Santo Patrón de nuestra ciudad natal; la feria ruidosa del mes de octubre; la Catedral y la Capilla con sus finas y elegantes fachadas estilo churrigueresco y barroco, respectivamente; la iglesia de San Esteban, la primera que se construyó en el Saltillo, levantada en la antigua Calle del Curato; aquellos patios amplios y

espléndidos, cubiertos de guirnaldas de azules yedras, adornados con macetas de jazmines y claveles que embalsaman el ambiente; y la plaza inmensa del Calvario, desde donde se contempla el horizonte infinito, y en las noches diáfanas, el cielo profundo, tachonado de estrellas. La dulce y quieta ciudad del Saltillo, que mecía la cuna de Carlos Pereyra, debe de estar orgullosa. El recordará siempre a su tierra natal, allí donde su pródiga madre María de Jesús le inculcó en su corazón, desde niño, los sentimientos de bondad y de rectitud que lo han conducido a la cima esplendorosa del triunfo. Una aula del Instituto Vasco de Gama, en Lisboa, lleva el preclaro nombre del eximio escritor coahuilense. Ni la vanidad ni la envidia lo han hecho exclamar jamás frases finchadas de petulancia. Nunca dice al referirse a Miguel Ramos Arizpe, "el otro coahuilense ilustre." No; no podrá olvidar nunca aquella tierra gloriosa que lo vió nacer. Su abuela, doña Agustina del Bosque, una ilustre benefactora, le dió días de esplendor a Coahuila. Una mujer extraordinaria, de gran carácter, de inteligencia clara, activa y perseverante, vivía en una casona antigua que fué derri-

## SENDEROS

bada para levantar en ese mismo lugar el Casino del Saltillo.

El abuelo de Carlos Pereyra por la parte materna, don Miguel Gómez, fué un hombre distinguido en la historia de Coahuila. Orador elocuente, cuyo vibrante verbo resonó majestuosamente en los ámbitos del Parlamento mexicano. Hombre inteligente y culto. Abogado notable, que le dió gloria al Foro coahuilense. El día que murió, al pie del imponente catafalco, el nieto precoz corre presuroso a colocar, como postrer homenaje, los férvidos discursos que había pronunciado su eminente abuelo, rebosantes de latinajos y de sentencias graves. Todos los ascendientes de Carlos Pereyra no permanecieron ajenos a las luchas de México. El tío abuelo del escritor coahuilense, don Guillermo del Bosque, cuando los franceses ocupaban la ciudad del Saltillo, entró, amparado por las sombras de la noche, hasta el centro de la ciudad y lazó un cañón colocado frente al Cuartel General de los soldados invasores, instalado en el Mesón de la Calle del Huizache. La pieza de artillería, desmontada e inservible, quedó arrumbada en los suburbios de la capital de Coahuila. ¡Los franceses se quedaron atónitos

de semejante hazaña! Su hermano Miguel era de un genio extraordinario. Sus anécdotas y sus frases ingeniosas las repetían todos constantemente. Los hombres más cultos del Saltillo, como Letona y Tomás Berlanga, hasta los más ignorantes, como Luquitas, famoso por aquellos ricos jamoncillos que vendía, y Chona, que servía magníficas meriendas por el rumbo del Santuario, lo escuchaban con grandísimo embeleso. Poeta exquisito, conversador donoso y divertido, hace tiempo murió y todavía se recuerdan sus ideas chispeantes, llenas de finura y gracia.

Cuando Ernesto Garza Pérez, Artemio de Valle Arizpe, Rodolfo Charles y yo llegamos a esta Capital para iniciar nuestros estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, hacía varios años que Carlos y Miguel Pereyra habían abandonado esas aulas. Todos los alumnos contaban las anécdotas del inspirado vate, graciosas, inmortales. Relataban que el maestro Pallares, don Miguel Macedo y don Joaquín Eguía Lis examinaban al estudiante coahuilense de Derecho Penal. El licenciado Macedo, con su voz parsimoniosa y suave, le dijo: "Háblenos usted de las exculpantes." Era un punto que el alumno

## SENDERS

no había estudiado. Pero él con todo desenfado exclamó: "Señor, me coloca usted al borde del abismo, dígame usted si me arrojo o no me arrojo." "Arrójese, arrójese," expresó con su palabra lenta y reposada el licenciado Macedo, frío, sin corazón, y el fallo severo e inexorable del jurado suspendió al estudiante bohemio. Contaban también que en otra ocasión le dijeron que disertara sobre este tema: las tachas. "¡Ah!,—dijo—la palabra tachas tiene dos acepciones: una jurídica y otra gramatical. De la primera no quiero ocuparme. Sólo hablaré de la segunda. Tacha, en el sentido gramatical, es diminutivo de Anastasia." Allí terminó el examen del vate coahuilense.

El aire frío de la serranía azul y lejana llamada de Zapalinamé, que está al oriente del Saltillo y que encierra el poético misterio y la leyenda fascinante de don Juan Salcedo, templó el férreo carácter de Carlos Pereyra. No se ha doblegado nunca. Hombre orgulloso y digno como aquel otro coahuilense rígido y honorable, que se llamó don Francisco Arizpe y Ramos, de quien decía el general Díaz que era un varón excelente, correcto, severo; pero que guardaba gran semejanza con

los caballos finos, que se detienen cuando hallan el más leve escollo en su camino. Eso decía, porque don Francisco Arizpe y Ramos era un hombre delicado, escrupuloso y exigente. Se puede ser un hombre exigente, escrupuloso y delicado, y vencer los obstáculos como los ha vencido Carlos Pereyra en tierra extraña, luchando con su propio esfuerzo, con su ardiente fe, con los ojos fijos constantemente en la lanza de oro del porvenir. Así ha triunfado en Madrid, y su obra seria y trascendental, ha traspasado los linderos de Hispanoamérica, para orgullo y gloria de todos los mexicanos.

En otras ocasiones he dicho que el trabajo perseverante y tenaz de Carlos Pereyra nos recuerda el grupo profético de que habla Edgard Quinet, destinado a recibir, a elaborar y a propagar las ideas que, como los destellos del sol naciente, iluminan primero las cumbres más altas, antes de que los prístinos rayos penetren a los valles profundos y rumorosos. Hoy la obra prestigiosa de Carlos Pereyra es conocida en Hispanoamérica. La lectura de sus libros, amenos e interesantes, despierta en la mente ideas y emociones que dejan hondas y eternas huellas, y

## S E N D E R O S

“La Obra de España en América” ha borrado para siempre la “leyenda negra” del descrédito de la colonización y hace resaltar la fecunda labor española desarrollada en las tierras americanas. Así, de esa manera, ha sabido defender a su patria, ha sabido defender a su raza fuerte y batalladora, que ama todas las libertades y todos los derechos, y que le dió a la filosofía universal las vibraciones luminosas del espíritu brillante de Juan Luis Vives, y la austeridad fascinadora de aquel cortejo interminable de políticos severos y de soldados aguerridos, que, ataviados de negro, desfilaban por la corte suntuosísima de los Felipes y de los Carlos.

La enseñanza levantada de los ilustres antepasados del conocido escritor coahuilense, no ha sido inútil. El ha sabido recogerla en su espíritu abierto a todas las nobles manifestaciones del pensamiento, y le ha dado prestigio y gloria a su patria, divulgando la obra gigantesca realizada por España en América.